

EL CONDE DE VALMONT,

ó

LOS EXTRAVÍOS DE LA RAZON.

Obra escrita en frances por el Abate Gerard,

Y

traducida al español de la XVIIª edicion francesa,

POR

El Lic. Miguel Martinez.

TOMO III.

MORELIA.

IMPRENTA DE IGNACIO ARANGO,
Calle del Veterano, núm. 6.

1848.

CARTA XII. La joven inglesa de Veymou
(en otro tiempo Esforita de Semerville), &
la Condesa de Valmont. Habla con
familia de su marido; la habla de los
extravios á que se abandonó en su ju-
ventud, y de su arrepentimiento. 252

253

para librarse de la seducción...

CARTA XIII. Emilia al Marqués. Da
parte á su padre de una desagradable
aventura, que aconteció á una mujer
de la corte y á un amigo de Lamou-
re. Este acontecimiento, redoblando los
celos y los temores de Valmont, aumen-
ta sus propias alarmas. Para dis-
tir sus inquietudes, y sus penas, im-
pugna de su padre político la culpa
la promesa que antes le hizo de darle
algunos consejos tocantes á la edu-
cacion de sus hijos, en cuanto á la re-
ligion. 257

CARTA XIV. El Marqués á Emilia. 258

oiga sus alarmas, y se aplica á sus
tenidas y consoladas. Llena su conato-
nio con nuevos consejos sobre la res-
taucion de sus hijos en la religion. 259

FIN

biera forzado á respetarla, triunfaria? ¡Ah! pues que me arrebatara mi esposa, el honor.... que me arranque tambien la vida ó se disponga para darme la suya.

En cuanto á Emilia.... Pero ¡ah! yo quisiera con todo y las noticias que se me han dado poder dudar todavía. Yo quisiera, sin embargo de la evidencia, poder conservar de ella la misma idea que vos. ¡Ay de mí! cuando os manifesté mis sospechas, no me habeis escuchado; demasiado prevenido á su favor, me habeis condenado sin consideracion: cuando leía vuestra carta, me hallaba envilecido á mis propios ojos. Sin embargo, se verifican mis sospechas.... ¡Se verifican!.... Acaso me engaño todavía. Fácilmente se cree, me diréis, lo que vivamente se teme: y en efecto, ¿dónde están en efecto aquellas pruebas tan plenas, aquellos fundamentos justos de la acusacion mas odiosa, mas injusta, si Emilia es todavía lo que nos ha parecido, el alma mas bella y mas virtuosa? ¿Qué, unas simples delaciones podrán despedazar la mas pura virtud!.... ¡Oh padre mio! me parece que os oigo hablar así, y con todas estas reflexiones quiero alternativamente halagarme y atormentarme. Hay momentos en que recordando todas las circunstancias, todas las pruebas, lo creo todo: y entónces todas las pasiones me devoran; solo respiro aborrecimiento, venganza, furor; la rabia, el infierno está en mi corazon. Hay otros en que mas tranquilo (y lo estoy al hablar con vos), me acuso de suma precipitacion y arrebató; me condeno; me avergüenzo de los arranques que me agitan, de las pasiones que me ciegan, del delirio en que estoy; suspendo toda resolucion, y temo tanto dar á conocer sospechas mal fundadas, como recelo ser demasiado fácil en desecharlas. De suerte, que siempre agitado por sentimientos contrarios, no sé á qué atenerme.... ¡Ah! ¡Ojalá fuese yo bastante virtuoso para esperar luces mas seguras todavía! pero tambien, si llego á convencerme.... si Lausane, si Emilia, son culpables, ¡oh! en su sangre.... ¡Padre mio! compadeceos del triste estado de vuestro

desgraciado hijo. No insulteis su dolor: derramad en llagas mui vivas para un corazon sensible, aquel saludable bálsamo que vuestras cartas han derramado en él hasta aquí. Aguardo que tendré bastante fuerza para contener mis temores y mis ímpetus hasta vuestra respuesta. No dejéis de darme consejos que me son mas que nunca necesarios, por mas que haya dicho en la embriaguéz de mi pasion y en el extravio de mi espíritu; y habladme siempre de aquella religion, cuyos caracteres efectivamente son tan sorprendentes; el último entre todos me llenó de admiracion, y á pesar mio empieso á admirarlos vivamente, aunque estoy aún poco dispuesto á seguirla.

CARTA CUADRAGESIMA CUARTA.

EL MARQUEZ Á SU HIJO.

¡Hijo mio, hijo mio! ¡estuviera yo cerca de tí! ¡cuán doloroso y penoso hace mi destierro tu situacion presente! ¡Querido Valmont! ¡yo quisiera de buena gana poder calmar tus temores, y no puedo suspender los míos! Tu carta me hace temblar. No temo una falta de reserva y de virtud en Emilia; temo á tí, temo tu vivacidad, temo las disposiciones con que te veo. Querido amigo, da crédito á un padre instruido por un uso largo del mundo, y no arrebatado ahora por ninguna pasion; da crédito á un amigo como yo, y que sin riesgo de ser engañado, se constituye garante de la virtud de tu esposa. Hay mugeres virtuosas, Valmont, por mas que digan el libertinaje y la frivolidad; y la tuya es por cierto de este número. Siempre la he seguido en sus pasos desde su mas tierna infancia, en sus cartas desde que estoy léjos de vosotros: la hipocresia no tiene ese paso constante y uniforme, ni esa sencillez pura y noble que forman el caracter de Emilia; no es así como se disfrazaba la falsa virtud. ¡Ay! si supieras todas las alar-

mas que tu intimidad con el Baron le ha causado desde el tiempo de mi separacion; todas las prevencciones á la verdad mui fundadas que siempre ha tenido contra él; toda la violencia que se ha hecho para recibirlo y para obedecerte; todos los secretos presentimientos que me ha comunicado, y que justifican mui bien cuanta circunspeccion ponía en sus discursos y en su conducta, ¡ay amigo mio! la respetarias tanto como la quieres. A nombre de su ternura y de su amor á tí, á nombre de todo el mio, modera los ímpetus de una pasion demasado ardiente, y que ya no ve ni oye, sino lo que sirve para multiplicar y abultar los fantasmas que se forma. No abrumes á una esposa delicada y sensible con la idea desoladora de tus inquietudes y sospechas, atiende á su estado y á los momentos críticos á que se aproxima. Sobre todo, toma tiempo para instruirte mejor; no te fies de espías envidiosos y mercenarios, que se detienen poco en las consecuencias, con tal que te pierdan ó te hagan pagar á buen precio sus pretendidos servicios y su negra traicion.

Lausane puede ser culpable de ligereza, de presuncion, hasta de farfantonada, pues que tal es su caracter; pero no hasta el punto que lo crees: y por mas culpable que fuera, ¿tienes tú derecho de castigarlo? ¿á tí pertenece la venganza? ¿Es necesario repetirte, en la embriaguez de los trasportes que te agitan, lo que tenia en otro tiempo ménos dificultad en hacerte oír á sangre fria? La vida de otro hombre no te pertenece mas que la tuya; tu no se la diste como no te la has dado á tí mismo; seria menester sofocar la voz de la humanidad y el clamor de la naturaleza, desconocer todos los derechos del Ser Supremo, y comenzar desafiando su justicia y su poder, trastornando todas las leyes, rompiendo todos los lazos de la sociedad, que nos reúne y nos protege, pisoteando toda autoridad, destruyendo toda especie de subordinacion, y apropiándose títulos que solo pertenecen á la potestad pública, para osar constituirse

arbitro y vengador de una ofensa particular. Pretender ademas labar la afrenta de ella en la sangre del que nos la hizo, ¡qué horrible preocupacion! ¡qué fantasma de honor al que se sacrifican todos los bienes y el honor verdadero, mas como un furioso que como verdadero valiente! ¡O amigo mio! el honor verdadero consiste en ser uno á sus propios ojos irreprensible y constantemente virtuoso; ¿y puede uno tener alguna virtud real, sin la sumision á las leyes de Dios y de su pais? Se valiente, querido Valmont, pero en favor de tu patria, como me lisonjeo de haberlo sido yo; y no desprecies los consejos que tengo derecho de darte por haberlo adquirido en cuarenta años de un valor suficientemente probado. Con todo esto, queriendo vengarte con propósito indiscreto, que acaso no has tenido, ¡sí pereces hijo mio!... Me estremesco. ¡En qué estado te irás á presentar á tu Criador, á tu juez, y á entregarle una vida que te mandaba conservar puesto que no te la pedia! ¡Qué catástrofe para Emilia, para el fruto de tus entrañas, para tu padre! Si es tu semejante quien perece por tu mano, manchado todo con su sangre, homicida cruel, ¡qué remordimiento te preparas! ¡qué imágen sangrienta te va á perseguir por todas partes! ¡qué nueva fuente de amargura para tu esposa, para tus hijos y para mí! ¡qué destruccion de toda esperanza! Sucumbiendo bajo el crédito de una familia poderosa y favorecida, despojado, desterrado, herido quizas, ¡qué vergüenza real por salvar una vergüenza imaginaria ¡qué perdida de todos los bienes por un honor, por un bien que no se piensa quitarte, ó que deja de ser un bien digno de sacrificios tan grandes, si solo se funda en la opinion [1]! Si se tratara de sacrificar á la virtud, al estado, al bien comun, yo empleara otro lenguaje, y ya te hubiera ofrecido mi destierro por ejemplo y por leccion.

Hijo mio, pesa todas estas reflexiones, si estas en estado de hacerlas. Tranquilízame te ruego, remitiéndome cuanto antes el propio que te despa-

cho. Dentro de poco recibirás la carta que deseas y que ya he preparado, sobre la continuacion de los caracteres de la religion cristiana. No tengo fuerza de concluirla en este instante, y ademas no quiero que esta se dilate nada. Dices que á tu pesar empiesas á admirar la religion: no te expongas pues á arrepentirte algun dia de haberla violado tan indignamente. Quebrantando las leyes mas sagradas, ¿qué disposicion habria para recibirla! ¿ó, qué fuente de pesares fuera despues el haberla recibido! Adios amigo mio; voy á contar los dias, los momentos; ¡y cuán prolongados y amargos han de ser para mí!

NOTA.

PÁG. 7.

[1] Solo se funda en la opinion. „Guardaos de confundir el nombre sagrado del honor con esa preocupacion feroz que pone todas las virtudes en la punta de una espada, y solo es propia para formar criminales valentones. . . ¿Se vió una sola cita de desafio cuando la tierra estaba cubierta de heroes? ¿Los hombres mas villanos de la antigüedad pensaron jamás en vengar sus injurias personales por combates particulares? ¿Cesar desafió á Caton, ó Pompeyo á Cesar, por tantas afrentas recíprocas? ¿Y el mayor capitán de los griegos quedó deshonrado por haberse dejado amenazar con un palo. . .? Si los pueblos mas ilustrados, los mas valientes, los mas virtuosos de la tierra no conocieron el duelo, digo que no es una institucion del hombre civilizado, si una moda barbara y afrentosa, digna de su origen feróz. Falta saber, si cuando se trata de la vida propia ó de la de otro, el hombre honrado se arregla por la moda, y si ya entónces no hay verdadero valor provocándola ó signiéndola. . . Entrad en vosotros mismos, y considerad si os es permitido atacar con ánimo deliberado la vida de un hombre, y exponer la vuestra por satisfacer á un capricho bárbaro y peligroso, que no tiene ningun fundamento racional; y si la triste memoria de la sangre derramada en semejante ocasion, puede dejar de clamar venganza en el fondo del corazon de quien la derramó. ¿Conoceis algun crimen igual al homicidio voluntario? si la basa de todas las virtudes es la humanidad, ¿qué pensaremos del

hombre sanguinario y depravado que se atreve á atacarla en la vida de su semejante? Acordaos que el ciudadano debe su vida á su patria, y no tiene derecho de disponer de ella sin permiso de las leyes, mucho ménos contra su prohibicion. ¡O amigo mio! si amais sinceramente á la virtud, aprended á servirla á su modo, y no al modo de los hombres. Quiero que de ello resulte algun inconveniente: ¿esta palabra virtud solo es por ventura para vos un vano nombre? ¡y solo seréis virtuoso cuando nada os cueste serlo? Mas en la realidad, ¿cuales son estos inconvenientes? Las murmuraciones de las gentes ociosas, de los malvados, que procuran divertirse con las desgracias de otro; ¡ved aquí á la verdad un gran motivo para matarse recíprocamente! ¿Qué desprecio es pues mas de temerse, el de los otros haciendo bien, ó el de si mismo haciendo mal! Creedme, quien verdaderamente se estima á sí mismo, es poco sensible al injusto desprecio de otro, y solo teme ser digno de él, porque lo bueno y lo honesto no penden del juicio de los hombres, sino de la naturaleza de las cosas, y aunque todo el mundo aprobase vuestra pretendida valentia, no por esto sería ménos vergonzosa. Es falso ademas que se haga uno despreciable absteniéndose de un duelo por virtud. El hombre recto, cuya vida total sea irreprehensible, y que jamás haya dado señal de cobardía, será mas honrado. Siempre pronto á servir á la patria, á proteger al débil, á cumplir los deberes mas peligrosas, y á defender en todo encuentro justo y honesto lo que le es amado al precio de su sangre, pone en sus pórtos aquella inalterable firmeza, que solo corresponde al verdadero valor. Fácilmente se advierte que ménos teme morir que hacer mal y que tiembla del crimen y no del peligro. Si las bajas preocupaciones se levantan contra él, todos los dias de su honrosa vida son otros tantos testigos que la recusán, y en una conducta tan bien seguida, se juzga de una accion por todas las demas. . . El honor de un hombre que piensa noblemente, no está en poder de otro; está en si mismo, y no en la opinion del pueblo; no se defiende ni con la espada ni con el escudo, sino con una vida íntegra é intachable, y este combate vale mas que el otro en punto á valor. En una palabra, el hombre valiente desdeña el duelo, y el hombre de bien lo aborrece.

Yo miro los duelos como el último grado de brutalidad á que el hombre puede llegar.”

Rousseau, que se expresa así, ciertamente tiene razon y lo prueba bien. Pero tratándose de modas y de preocupaciones, por vergonzoso que sea su origen, ¿raciocina el comun de los hombres? y en esto, como en tantos otros objetos, ¿no habria razon para exclamar: *¡O imitatores servum pecus!*

Si además de esto es insuficiente para muchas personas

el lenguaje de la razon, ved aquí una autoridad pue para ellas debe ser de algun peso; la del Conde de *La Noue*, por sobre nombre *Brazo de fierro*, de quien Enrique IV hizo un elogio tan bello diciendo, *que era un grande hombre de guerra, y todavia mas un grande hombre de bien*. „La causa del furor de los duelos, dice este heroe tan dignamente alabado por tan gran rey, consiste en nuestros errores y locuras, y es un honor falso. Si la nobleza prosigue andando así, extraviada tanto en palabras como en acciones, siempre irá profanando la virtud y las armas, consumiéndose. Fuera bueno que el rey, los príncipes, los señores, censurasen en público á los que hayan ensangrentado así sus armas, y mostrasen aborrecerlos como gentes que no tienen otro placer que exaltarse con la muerte de otro. . . . En las guerras es donde debe uno mostrar su valor, y arresgar libremente su vida. Las gentes honradas deben servir generalmente á su patria, y los que exponen diariamente su vida por ella, no deben en su servicio escasear los bienes de fortuna. En cuanto á mí, mientras tenga una gota de sangre y una fanega de tierra, la emplearé en la defensa del estado en que Dios me ha hecho nacer. Mas en cuanto á los que van precipitando su vida en querellas personales, bien manifiestan que no se consideran de mucho precio.” (*Vida del Conde de La Noue*).

El Mariscal de Turenne, despues de su conversión, recibió una carta llena de insultos y bravatas del Elector palatino, quien á los sangrientos reproches por la devastacion de sus Estados, que este príncipe no debía imputar siempre mas que á sí, añadía un desafio en que proponía á Mr. de Turenne que designara el tiempo, el lugar y el modo que quisiera elegir para un combate singular. El mariscal respondió el mismo dia en estos términos: „Señor, puedo asegurar á V. A. E., que el fuego que se puso en algunas de aquellas ciudades fué sin orden alguna, y que los soldados que hallaron á sus camaradas matados de tan extraño modo, lo hicieron á horas en que no se pudo impedirlo. No dudo que V. A. E. me seguirá honrando con sus buenas gracias, puesto que nada hice que me aparte de ellas.” Una respuesta tan moderada á semejantes insultos y á un desafio tan formal, hizo avergonzar al Elector de su arrebató. *Vease la coleccion de las Cartas y Memorias halladas en la cartera del mariscal de Turenne, por el Sr. Conde de Grimoald, obra presentada al rey y aceptada por S. M.*

El Conde de Sales, acometido por un falso valiente á quien habia reprehendido por sus blasfemias, le respondió: „que despues de haber osado defender la causa de Dios, no debía traicionarla con las falsas maximas de honor mal entendido.”

Hay mas de un ejemplo de esta naturaleza de parte de militares que habian dado pruebas de gran valor. Mas nunca serán imitados sino por un corto número de almas fuertes, mientras que nosotros no dejaremos de poner contradicion entre nuestras instituciones y nuestras costumbres, y despues de haber dictado bellas leyes contra el duelo, seguiremos lastimando con la tacha del deshonor al que habiendo siempre vivido sin miedo y sin reproche, haya creído, segun su conciencia y las leyes, que debía despreciar las preocupaciones de un fatuo ó de un aturdido.

CARTA CUADRAGESIMA QUINTA.

EL MARQUEZ DE VALMONT Á SU HIJO.

Has quedado sorprendido, hijo mio, con los primeros caracteres que te he hecho advertir en la religion cristiana, y principalmente con su unidad. Agreguemos á esto ahora su perpetuidad; y admira mas que nunca, como esta obra magnifica, que la mano de los hombres no puede hacer, se ha perpetuado de siglo en siglo por el mismo poder enteramente divino que la comenzó.

Volvamos á considerar en la venida de Jesucristo, el conjunto sorprendente que esta obra admirable nos presenta. Aquí la serie de los hechos habla bastante por sí misma, y la religion se hallaria demostrada por ella independientemente de los libros del Nuevo Testamento, que continúan en los primeros tiempos la relacion de estas maravillas. Mas para no dejarte que desear nada, sobre lo que puede ayudar y confirmar tu creencia, discutamos un momento sobre la autenticidad de estos libros, antes de desenvolver los principales hechos que contienen.

Desde luego podria, querido Valmont, aplicar á los autores sagrados todas las reglas de discusion empleadas tan confiadamente para los juicios que se forman de los autores profanos, y hacerte observar las diversas relaciones que nuestros libros tienen con aquellos cuyos nombres llevan, con los tiem-